

LAS IDEAS Y EL SISTEMA NAPOLEONICOS

(CONCLUSIÓN)

d) *El duelo con la Gran Bretaña.*

Una tercera relación ha de tener el Imperio, consecuencia obligada de su concepto y de sus esfuerzos respecto a la unidad europea. Ranke escribió que fué esta "la mayor relación universal en que Napoleón se movió". Fué, al menos, la más clara y más firme, la que llena, de manera casi invariable, la historia exterior del intento napoleónico. La relación con la Gran Bretaña no conoce la armonía de la boda austríaca, ni de los acuerdos de Tilsit; la Paz de Amiens es tan sólo una pausa que impone el mutuo esfuerzo, sin base definida que permita considerarla como un acuerdo de concepciones y propósitos. Es esta relación la que mantiene la guerra interminable. Napoleón dirá: *Todos los males... vienen de Londres.*

Hacer la historia del duelo franco-británico equivaldría a narrar, por entero, las contiendas del Imperio. Nosotros hemos de limitarnos a algunas observaciones que nos permitan, desde diversos puntos de vista, subrayar el sentido de esta tercera relación.

* * *

La actitud británica respecto al fenómeno napoleónico sólo puede ser apreciada en uno de los famosos antagonismos que enfrentan a sus dirigentes: antagonismo de Pitt y Fox, de Castlereagh y Canning, de Disraeli y Gladstone. En el momento decisivo no juega la claridad de unos programas políticos cuidadosamente redactados, difícilmente concebibles en la mentalidad británica; ni la actividad definida de los partidos, que cambian, ante la crisis, en sus concepciones y en sus componentes. Sólo la singularidad del hombre se adapta claramente a la singularidad del momento histórico. La actitud británica ante el fenómeno napoleónico ha de ser apreciada en el antagonismo político de Fox y Pitt.

Lo que enfrenta, en primer término, al hijo de Lord Holland con el hijo de Lord Chatam es la incompatibilidad de sus caracteres; el temperamento y la formación constituyen la raíz de su actividad pública. "Es imposible —escribe Lord Rosebery (80) —trazar la carrera de Pitt sin describir el carácter de Fox... Pitt quizá nunca fué joven, y Fox, ciertamente, nunca pudo haber sido viejo."

Lord Holland crió a su hijo Charles en el capricho sin límite de la niñez y le dejó en el vicio desbordado de la juventud. Naturaleza exuberante, "fenómeno de la época", asombraba la capacidad desordenada del hombre, humanista acabado, político activo, viajero incansable, vicioso sin medida en el juego y en el amor. Cuando Charles Fox piense en casarse, su padre dirá: "Al menos se verá obligado a meterse en la cama una vez en la vida." "El otro día —escribía Horace Wal-

(80) Lord Rosebery: *Pitt*, p. 27-28; Londres, 1915.

pole a Lord Nunenham, en diciembre de 1773— fuí a la Cámara a escuchar a Fox... Su habilidad es sorprendente, tan joven y llevando una vida tan disoluta como la suya. Acababa de llegar de Newmarket, donde había estado bebiendo toda la noche, sin acostarse. Estos casos nos hacen reír de las reglas para el orador que da Cicerón... Las más trabajadas oraciones del romano son pueriles al lado del razonamiento de este muchacho libertino." Junto a la elocuencia, y a causa de ella en parte, la simpatía: "Es tan amable y encantador —escribe otra vez Walpole (81)—, que si hubiera podido ir en persona por toda Inglaterra estoy seguro que habría obtenido todos los sitios del Parlamento." A quien se extrañaba de la influencia de su adversario, Pitt le dijo: "Vos no habéis estado nunca bajo la varita del mago." Charles Fox juzgaba su mala vida con un gracioso cinismo. Cuando nació el primer hijo de su hermano mayor, que le privaba de una fortuna, esperanza de sus acreedores, exclamó: "Este niño es un segundo Mesías, nacido para la destrucción de los judíos." Y un día en que se le acusó de haber dirigido una algarada callejera contra Pitt, se excusó diciendo: "En esa hora yo me encontraba en cama, en compañía de Mrs. Armistead, la cual está dispuesta a testificarlo bajo juramento" (82). (Mrs. Armistead, amante de otros antes, acabaría por ser su mujer.)

Fox nunca hubiera podido ser viejo; Pitt nunca fué joven. Observación exacta de Lord Rosebery. Juzgándoles personalmente, pudiéramos añadir que Fox era demasiado humano para constituir un tipo, y que

(81) *La época de los tres Jorges a través de la correspondencia de Horace Walpole*, p. 90 y 133; Barcelona, 1943.

(82) Jacques Chastenot: *William Pitt*, p. 65 y 84; París, 1941.

Pitt era demasiado hombre tipo para guardar sus cualidades diferenciales humanas. Pero cualquier falta de estima que se base en tal consideración sería un error en la inteligencia de la figura.

Lady Holland le conoció en sus primeros años. "El pequeño William —escribía, a su marido, del hijo de Lord Chatam— es el niño más inteligente que he visto; se le educa tan seriamente, y su comportamiento es tan juicioso, que este muchacho, oído bien, será mientras viva una espina en el costado de nuestro Carlos." No se trata aquí de una madurez prematura que anuncia la falta de vida; la tradición política británica, que tiende a hacer hereditario el poder público, convertirá a William Pitt, desde la primera hora, en un hombre cuyo pasado ha sido vivido por Lord Chatam. Burke dirá: "No es un pedazo del viejo bloque, es el mismo viejo bloque." Cuando, a los veintiún años, debuta en la Cámara, un diputado advierte a Fox: "Este Pitt será uno de los primeros hombres del Parlamento." Y Fox responde: "Lo es ya."

Serlo ya, desde primera hora, será su destino irrenunciable; no comenzar, sino continuar a Lord Chatam. A los veinticuatro años se verá Primer Ministro, y, lustro tras lustro, pesará sobre sus hombros la carga de gobernar la Gran Bretaña en las horas más graves de su historia. Producto de la herencia, abordará la tarea en virtud de una formación acabada y de una educación perfecta. "En contraste con Fox, aparecía, a pesar de su juventud, como un prodigio de dignidad y de prudencia. Del gran Chatam, Pitt había heredado una honradez impecable y una austeridad irresistible. Cuando todas las sinecuras le eran ofrecidas, supo permanecer pobre... Pitt iba a gobernar a

Inglaterra sin interrupción durante más de veinte años y a aportar, en la vida pública, una cualidad nueva y preciosa: la pureza" (83).

Su destino es dramático, y dramática la resolución con que lo acepta, en una renuncia a la vida joven de su tiempo por la que nunca sabrá lo que es "haber hecho algunas deudas, haber amado y haber llorado" (84). Documentado y exacto, sus discursos serán los de un matemático. Puritano de conducta, soltero sin aventuras amorosas, no conocerá otro placer que el vino de Oporto, alivio en sus trabajos y sus dolores. Firme en el servicio de su patria, laborará por ella hasta el propio aniquilamiento. Cuando un día se discuta ante él si la cualidad maestra de un hombre de Estado es la inteligencia o la elocuencia, Pitt dirá: "No, es la paciencia."

Como una consecuencia de esta oposición de caracteres, Fox y Pitt tendrán una concepción opuesta de la política exterior de la Gran Bretaña. Segundo motivo que les enfrenta, y que supone una idea distinta del fenómeno británico.

Es fácil aquí el anacronismo que atribuye a cualquier político inglés pensamientos posteriores a su época. El Imperio Británico, como realidad geográfica y como conciencia histórica, es difícil de percibir en un momento determinado de su largo e ininterrumpido desarrollo. Arranca, sin duda, de la condición geográfica isleña, en el riesgo corrido bajo la Reina Isabel a causa del nuevo corte religioso que le separa de la Europa del siglo xvi. El "triunfo que asombra al triunfa-

(83) André Maurois: *Histoire d'Angleterre*, p. 568; París, 1937.

(84) Jacques Chastenet: *William Pitt*, p. 21.

dor" —la Invencible—, y que le libra de sucumbir bajo el Imperio Católico, inicia el aliento. "La esperanza de Inglaterra data de aquella hora, porque no hay verdadera esperanza que no haya comenzado por ser una esperanza desesperada" (85). Desde la isla salvada del aniquilamiento bajo el Imperio, hasta el Imperio de la Comunidad de Naciones, corre la idea de una entidad singular, cuya concepción será la raíz y cuyo sostenimiento será el problema de toda la política británica.

No es difícil percibir el secreto. A medida que la isla se prolonga fuera de Europa, aumenta la conciencia del aislamiento. Es decir, la singularidad del fenómeno británico corre parejas con su expansión universal. Más claro: la voluntad de aislamiento procede del hecho de que se está en todas partes. De aquí, junto al propósito creciente de no intervenir, el crecimiento de una necesidad de intervención.

Para conciliar ambos extremos del problema, en cada momento histórico y geográfico, surgen "los motivos británicos" de acción, cuya estimación supone una conciencia del fenómeno británico y una doctrina política internacional. ¿Cómo conciliar la singularidad de la Gran Bretaña, que impone el aislamiento, con la universalidad, que exige la intervención? ¿En qué medida, su cabeza europea le hace depender de Europa? ¿En qué punto del mapa, y en qué momento del curso de los acontecimientos, acaba la necesidad de la inhibición y empieza la necesidad de actuar?

Las mentalidades políticas de Fox y de Pitt son irreconciliables. Fox es un liberal, doctrinario sin me-

(85) G. K. Chesterton: *Pequeña Historia de Inglaterra*. Versión española, p. 212; Madrid, 1920.

dida en las ideas como hombre sin medida en la vida, que no reconocerá límite alguno a sus principios. "La libertad —dirá— es el orden, la libertad es la fuerza." No habrá para él un solo motivo británico que condicione su liberalismo en política exterior. En el siglo XVIII ha arraigado la idea de una expansión universal inglesa. Pero él la percibirá tan sólo en su vertiente universalista, como un fenómeno que no habrá de encajar en lo británico. Su liberalismo se situará a favor de los sublevados de Norteamérica, y escribirá, en 1801: "El triunfo del gobierno francés sobre el inglés me proporciona de hecho una satisfacción tan alta que me es muy difícil de disimular." Lord Rosebery comenta: "El carácter cosmopolita de su liberalismo estaba por encima o por debajo de la humanidad, era sobrehumano o no bastante humano" (86). Acaso hubiera podido escribir que era superbritánico o no bastante británico...

El problema de inhibición o intervención, planteado ahora por el fenómeno napoleónico —Revolución e Imperio— fué resuelto por Fox a favor de uno de los extremos y en armonía con su liberalismo absoluto; la inhibición. De aquí que, para Lord Hugh Cecil (87), Fox resulte "un vehemente adversario de toda política exterior".

Pitt, por el contrario, no actuará conforme a una doctrina establecida; la doctrina será un resultado de su acción. Pitt comienza por una decidida inhibición: Gran Bretaña no tiene por qué moverse ante la Revolución en marcha y ha de "dejar a Francia —escribe a

(86) Lord Rosebery: *Pitt*, p. 29.

(87) Lord Hugh Cecil: *Conservatismo*. Versión española, p. 31; Barcelona, 1929.

Lord Stafford— que arregle sus asuntos internos como pueda”. De esta actitud, Pitt pasará, por obra de los acontecimientos, a la política de las coaliciones, en las que empeñará todas las fuerzas de su patria en la guerra con Francia. Para lo uno y para lo otro, de lo uno a lo otro, se encuentran los motivos británicos, razones de la política de Pitt. La acción exterior de la República, del Consulado y del Imperio se ejerce en una línea que va alcanzando, en ocasiones sucesivas, los intereses vitales de la Gran Bretaña. Pitt lo percibe y su palabra y su conducta señalan la existencia de tales intereses amenazados. Con razón opina Lord Hugh Cecil que, con Pitt y en el duelo franco-británico, nace, con conciencia clara y firmeza de doctrina, el conservatismo imperialista británico.

Por último —tercer tema que les enfrenta en política exterior— Fox y Pitt estiman de manera distinta el fenómeno napoleónico. Napoleón dirá en Santa Elena: *Con la escuela de Fox nos habríamos entendido...*

Peter Richard Rohden ha escrito (88) que los gobernantes ingleses “únicamente podían ver en Bonaparte el *poder* enemigo, pero no la *idea* enemiga”, puesto que en la contienda se enfrentaban dos imperialismos. Sin duda, Fox veía en lo napoleónico la idea amiga, y Pitt el poder enemigo. Siguiendo nuestra tesis, podemos asegurar que la contradicción inicial de lo napoleónico da lugar a la diferencia de actitudes; Fox se atendrá al primer término de ella, considerando sólo el republicanismo liberal, y Pitt percibirá el segundo término, el imperialismo conquistador. Liberal sin ma-

(88) P. R. Rohden: *Esplendor y ocaso de la Diplomacia Clásica*. Versión española, p. 17; Madrid, 1942.

tices, Fox, desde el primer momento, estará con la Revolución: "Es —dirá de la toma de la Bastilla— el mayor y más dichoso acontecimiento que jamás se haya producido en el mundo." Para Fox, Napoleón será el hombre que quiere que Inglaterra escuche *los consejos de una política filantrópica, aceptando como aliada la Revolución Francesa*. Para Pitt, Napoleón es el hombre que confiesa francamente en Santa Elena: *Con mi Francia, Inglaterra debía acabar naturalmente por no ser más que un apéndice. La naturaleza la había hecho una de nuestras islas, igual que la de Oleron o la de Córcega...*

* * *

Las razones de la contienda acarrearán el fracaso de los intentos de paz. Los propósitos de ambos contendientes no permiten conciliación ni transacción. Si la política de las coaliciones busca, evidentemente, la desaparición del Imperio Napoleónico, Napoleón escribirá a Talleyrand, en octubre de 1808: *Destruyamos a Inglaterra, y Europa estará a nuestros pies*.

El propósito inhibitorio ante la Revolución alcanza por igual al pensamiento de Fox que al de Pitt; el primero porque, entrando en el problema, se halla conforme con Francia; el segundo, porque no quiere entrar en él. Neutralidad tenaz la de Pitt, "ceguera casi voluntaria", que dicta sus palabras y las del Rey, que permanece impassible ante los graves sucesos interiores de la Revolución.

Pero Pitt cambiará, porque su actitud no obedece a una doctrina inasequible a la realidad. La guerra girondina comienza; la victoria de Jemmapes acaba en la anexión de Bélgica; la victoria de Fleurus, en la ocu-

pación de Holanda; entre ambas está la guerra. He aquí un motivo británico: los Países Bajos. Napoleón dirá: *Amberes es una pistola sobre el corazón de Inglaterra*. Y también —a Molé, en 1806—: *Inglaterra nos hará la guerra mientras conservemos Bélgica*. “Hijo del gran Chatam —escribe Chastenet (89)— no se dirá que deja periclitar la herencia de honor, de arrogancia, incluso, que recibe de su padre. Las concepciones filosóficas y políticas que la República francesa intenta imponer a cañonazos no le preocupan apenas; no se cuida de la causa de los Borbones; pero la presencia de los franceses en Amberes, en las bocas del Escalda y sobre las playas de Holanda, él sabe, por tradición como por razonamiento, que puede constituir un peligro mortal para la supremacía británica.” “La guerra —dirá en la Cámara— no es solamente un hecho; en las circunstancias actuales es absolutamente necesaria para la existencia de la Gran Bretaña y de Europa.”

Lo sabe por tradición. Francia es la enemiga hereditaria, y en la nueva lucha se continúa —como ha observado Seely— la gran querrela del siglo XVIII. Ciertamente, la Revolución francesa extrema la incompatibilidad. Sus declaraciones abstractas chocan con la mentalidad inglesa: “No entro —decía Burke— en esas distinciones metafísicas. Odio hasta las palabras que las designan.” La “inteligencia histórica” de los ingleses rechaza la destrucción del edificio construído durante siglos por la Monarquía, que ha de ser sustituído por obra de la Razón. El movimiento metodista aumentará el odio general contra el deísmo anticris-

(89) Jacques Chastenet: *William Pitt*, p. 156.

tiano de la Revolución. Todo ello alimentará la nueva contienda por los viejos motivos: el dominio marítimo y la supremacía comercial. *Si la guerra cesa —dirá Napoleón a Metternich— yo emplearé, en la espera, caudales numerosos en mi Marina, haré construir y equipar barcos. Inglaterra —dirá en Santa Elena— se horrorizaba ante la idea de que la Marina francesa, volviendo a su viejo brillo, le disputase un día el imperio de los mares. El poder de Inglaterra —advierte a Caulaincourt en 1812— descansa solamente en el monopolio que ejerce sobre las naciones, y no puede sostenerse más que por él.*

El duelo franco-británico acaba por encerrar la cuestión definitiva del sistema. El pensamiento girondino, que da vida al Imperio Napoleónico, supone la liquidación del equilibrio en que desembocó la contienda de los Treinta Años, resolviendo, en la ordenación de la pluralidad de Estados, la división establecida por la Reforma. *Con el Imperio —decía Napoleón— no habría habido en Europa más que una sola flota, un solo ejército; habríamos gobernado el mundo...* El acuerdo anglo-ruso de 1805 tendrá por objeto "el restablecimiento de la paz y del equilibrio de Europa". Tal es la gran cuestión. El 1 de diciembre de 1800, Roederer pregunta a Napoleón por qué Inglaterra no puede querer la paz. *No debe quererla —responde el Primer Cónsul— porque nosotros somos dueños del mundo. España es nuestra. Estamos en Italia. En Egipto nos hallamos a la espalda de sus posesiones. Suiza, Holanda, Bélgica...* (90).

(90) Octave Aubry: *Roederer, Memoires sur la Revolution, le Consulat et l'Empire*, p. 179; París, 1942.

Los intentos de paz mueren, uno tras otro, en el tanteo previo, sin descubrir las bases del acuerdo. Cuando la política interior interrumpe el mando de Pitt, y el cansancio lleva a la Paz de Amiens, ésta no será más que una serie de mutuas renunciaciones concretas, que no se cumplirán enteramente y que darán lugar a una disputa, terminada en la reanudación de la guerra. El mando de Addington es una tregua entre los dos gobiernos de Pitt. Y el viaje de Fox a Francia, una aventura sin mañana, una ilusión pasajera de él y de Napoleón. *Vino a Francia —decía el Emperador en Santa Elena— inmediatamente después del Tratado de Amiens... Reconocí en él, bien pronto, un alma hermosa, un buen corazón, amplitud de miras, generosas, liberales... Hablamos, frecuentemente, sin ningún prejuicio, sobre una multitud de cosas. Cuando yo quería molestarlo, le hablaba de la máquina infernal, y le decía que sus ministros habían querido asesinarme. El me rebatía entonces con calor y acababa siempre diciéndome, en su mal francés: "Premier Consul: ôtez-vous donc cela de votre tête."*

* * *

El fenómeno napoleónico —Revolución, Consulado e Imperio— establecerá con su acción los motivos británicos, que darán vida al conservatismo imperialista y razones a la contienda. Es éste, tal vez, el aspecto más interesante del pleito. Buscando la destrucción de la Gran Bretaña, Francia descubrirá o confirmará los elementos esenciales de la existencia inglesa.

De tres maneras intentó Francia el aniquilamiento de su enemiga. Primero, directamente, en un golpe que

alcance a su corazón europeo. La República lo intenta en el estío de 1796; desembarco en Irlanda de un ejército al mando de Hoche, expedición que fracasa en la dispersión de la flota. Después de Campo-Formio toma cuerpo la preparación del segundo intento, confiado al General Bonaparte, que pone manos a la minuciosa organización, y que acaba por aconsejar el aplazamiento: *Operar un desembarco en Inglaterra sin ser dueño del mar es la operación más audaz y más difícil que pueda darse.* Tras la ruptura de la Paz de Amiens el proyecto alcanza magnas proporciones: todo el Gran Ejército en el Campo de Boulogne, amenaza, semana tras semana, a las Islas Británicas. "Durante los ocho días que acaban de transcurrir —escribe el *Morning Chronicle*— nadie ha dormido en Londres." *Podían retirarse en París* —dirá Napoleón en Santa Elena—; *pero Pitt no reía en Londres; él midió todo el alcance del peligro; y me lanzó una coalición en la espalda en el momento en que yo levantaba el brazo para el golpe.* El riesgo corrido hará de Trafalgar la gran jornada histórica del Imperio británico, confirmará la noción de la supremacía en el mar como primera condición de vida, y hará de las costas continentales frente a la Gran Bretaña la cabeza de puente de su defensa.

Cuando el golpe directo no sea posible, Francia buscará una segunda manera de destrucción: alcanzar la colonia lejana, en la ocupación de las rutas. Alejamiento del lugar de la contienda, alejamiento en el modo, que ya no intenta la liquidación fulminante, mediante el golpe en el corazón, sino el agotamiento. En la India ha pensado Brissot, en 1793, cuando exponía en la tribuna sus ambiciones girondinas: "Para arruinar a Inglaterra los franceses se presentarán en Asia,

no para reemplazar a los ingleses echándoles, sino para dar a la India su independencia." Desde 1795, la República acaricia la idea de una expedición a Egipto, cuyo más importante objeto se halla consignado en el informe de Magallon, Cónsul francés en El Cairo: "Dueños del Mar Rojo, no tardaríamos en dictar la ley a los ingleses y en echarles de la India..." (91). Bajo el Directorio, el General Bonaparte pone manos a la más inverosímil de sus empresas. Su marcha queda detenida en San Juan de Acre, no por obra de Ahmed Pachá, sino porque la victoria de Abukir permite a los buques de Sidney Smith abastecer y sostener la plaza. Napoleón guardó siempre el recuerdo doloroso de aquel revés decisivo: *Tomada la plaza*—dirá en Santa Elena— *el ejército francés hubiese volado a Damasco y Alepo...; los cristianos de Siria, los drusos, los cristianos de Armenia se hubiesen unido a él...; hubiéramos sido reforzados por más de seiscientos mil hombres; yo habría alcanzado Constantinopla y la India; habría cambiado la faz del mundo.* Los acuerdos posteriores franco-rusos aspirarán a realizar la gran empresa. El Primer Cónsul propondrá a Pablo I la apertura del Canal de Suez; y el Zar a Napoleón la invasión de la India, mediante un gran ejército al mando de Massena. Después de Tilsit, una de las razones que llevan a Erfurt es el gran proyecto que Napoleón I expone a Alejandro en febrero de 1808; tras el reparto de Turquía, la expedición contra la India. Realidad amenazadora una vez, proyecto sin mañana otras veces, el segundo intento señala otro motivo en la existencia británica; las rutas —mares y tierras— que

(91) Charles Roux: *Les origines de l'expédition d'Égypte*, p. 272; París, 1910.

constituyen las comunicaciones esenciales a la vida del Imperio.

Por último, cuando Napoleón compruebe que esta segunda batalla es imposible, acudirá al tercer intento de destrucción. Los dos primeros suponen una victoria en el mar, que nunca se alcanza. Cuando Denon le presenta una medalla en que el águila francesa destroza en sus garras al leopardo inglés. Napoleón le dice: *¿Cómo os atrevéis a decir que el águila francesa ahoga al leopardo inglés? Yo no puedo lanzar al mar un solo barco pesquero sin que los ingleses se apoderen de él. Fundid esa medalla inmediatamente y jamás me presentéis otras semejantes.* Ahora tratará de vencerle en la tierra, cerrando el Continente a su comercio. La idea girondina de la unidad de Europa jugará al servicio de la guerra en una urgencia de violencias y precipitaciones en que la "liberación" de los pueblos no logrará disimular la necesidad de la conquista. El bloqueo, concebido por los convencionales, se inicia en el *coast system*, aplicado primero en España, en Italia, Istria y Dalmacia luego, y al que se adhiere Prusia más tarde. Después vienen los decretos de Berlín y Milán que dan vida al *sistema continental*. En 1810 se producen las primeras quiebras de su aplicación, que Napoleón intenta remediar mediante las licencias y el Decreto del Trianón. El aspecto negativo de la lucha contra las mercancías inglesas se acompaña del esfuerzo positivo por establecer la supremacía industrial francesa. Pero las actividades diplomáticas y militares de la aplicación del sistema serán mucho más graves, y sus consecuencias arruinarán las ventajas comerciales y acabarán con el Imperio. La intervención en España concluirá en la guerra. Napoleón dirá en Santa Elena:

Esa desgraciada guerra me perdió. El Imperio encontrará también en tierra una fuerza invencible.

El tercer riesgo para Gran Bretaña es esa unificación de Europa que pone fin a la pluralidad de Estados en equilibrio. Último motivo de la lucha y tercera condición de vida del Imperio británico.

* * *

En el encarnizamiento del duelo interminable, Napoleón lanzó, respecto a Inglaterra, una serie de afirmaciones que parecen haber pasado a formar en la dialéctica de los adversarios posteriores de la Gran Bretaña. Entre tales afirmaciones, la de que los ingleses no combaten, y su política de guerra consiste *en llamar a todas las puertas con una bolsa en la mano*. En excusa del error de Napoleón está el que la creencia fué expresada en marzo de 1805, antes del Nelson de Trafalgar, y —guardando todas las distancias—, antes del Wellington de Waterloo. Todo procede, en los que insisten en tal punto de vista, de la atribución de la victoria a la acción política de Pitt, como factor fundamental. Lo cual es acertado. Pero no lo es la estimación de su empeño como algo lejano al esfuerzo heroico de la guerra.

Porque es difícil de concebir algo más patético en la conducta de un gobernante que la vida del hijo de Lord Chatam, entregado a la lucha con los adversarios del Parlamento, con los irlandeses rebeldes, con la opinión pública, a veces fatigada; empeñado en la ordenación de la Hacienda británica, en medio de la ruina propia; atareado sin descanso en la organización diplomática y militar de las coaliciones en lucha con el

genio napoleónico; y todo ello con la salud acabada, en el mareo constante de su cerebro agotado y en la náusea perpetua del estómago rebelde.

En los primeros días de diciembre de 1805 está en Bath. Cuando oye el galope de un caballo, exclama: "Debe ser un correo con noticias para mí." Abre el despacho: "Graves noticias, en verdad." Pide el quedar solo, y ante un mapa medita todo el alcance de la victoria francesa. Le quedan sólo unas semanas de vida, semanas de "la mirada de Austerlitz", del "aire de Austerlitz". Todos perciben que los cañones franceses han alcanzado su vida. Al entrar en su villa de Londres ve un mapa de Europa: "Enrolladlo —ordena—. No será necesario en diez años." Su última exclamación será: "¡Oh, mi país!, ¡en qué estado te dejo, país mío!" (92).

Grenville le sucede, al frente del "Ministerio de todos los talentos". En el juego interior parece llegada la hora de Fox, que ocupa el Foreign Office. Por medio de Lord Yarmouth, prisionero en Francia, Fox entabla negociaciones de paz, que nada han logrado, cuando, en septiembre de 1806, muere, ocho meses después que su adversario, quemadas las fuerzas en el perpetuo desorden de su vida.

Napoleón dirá en Santa Elena: *La muerte de Fox es una de las fatalidades de mi carrera. Si hubiese continuado vivo, los asuntos hubiesen tomado otro giro.* Creencia ciertamente discutible. Bajo figuras de segundo orden que encabezan el Gobierno británico —Portland, Perceval, Liverpool— alientan, incontenibles, el pensamiento y la actitud de Pitt. En el Gobier-

(92) Lord Rosebery: *Pitt*, p. 256-258.

no Portland, Castlereagh es Ministro de la Guerra, y Canning desempeña el Foreign Office. La incompatibilidad de caracteres y de ambiciones les lleva á a enfrentarse en un duelo famoso (93) y les hará seguir política distinta en la Europa del Directorio. Pero ahora —juntos primero, Castlereagh solo— no habrá otra actitud, respecto a Napoleón, que la que impone la herencia de Pitt. Un duelo entre dos Imperios incompatibles, que sólo acabará con la desaparición del uno o del otro. Napoleón lo sabe. En la derrota dará por terminada su carrera consumando el sacrificio con su entrega al enemigo *más poderoso y más constante*. Su victoria habría hecho de Inglaterra una isla de Francia; la derrota hará de él un prisionero de Inglaterra.

F) LOS ERRORES DEL IMPERIO.

De manera casi unánime, los historiadores consideran formado el Gran Imperio en el año 1810, cuando, tras la victoria de Wagram y la Paz de Viena, el matrimonio austríaco parece realizar el sueño napoleónico. Efectivamente, el Emperador pone mano, entonces, a la preparación del encuentro decisivo con Rusia, que no abordaría sin el convencimiento de haber logrado el dominio de Occidente.

A partir de 1810 goza el Imperio dos años de estabilidad y paz relativas. La campaña de Rusia —1812— inicia la vertiginosa caída. Sólo dos años más vive el Imperio, hasta la abdicación de 1814. Y esto,

(93) Charles Petrie: *George Canning*, p. 72; Londres, 1932.

considerándole vivo en las horas de agonía de la Campaña de Francia.

Las fechas plantean de manera imperiosa el problema. La obra iniciada en 1792 por la guerra girondina, servida por el empuje revolucionario bajo el genio napoleónico, alcanza su más alto momento tras dieciocho años de esfuerzos diplomáticos y militares. Y este edificio, levantado en un empeño genial, dura dos años; cuatro hasta la total desaparición. Napoleón advirtió que su obra *descansaba sobre la arena*.

Todo el esfuerzo realizado sobre la triple relación estudiada —Austria, Rusia, Gran Bretaña— está viciado en su raíz por los errores del Imperio. Errores cuya indicación es el inexcusable final de nuestro trabajo.

Respecto a ellos, hemos de hacer dos advertencias. No se trata, en primer lugar, de simples equivocaciones que puedan encajar en la filosofía de las pequeñas causas, inadmisibles para nosotros; se trata de las nociones fundamentales en toda construcción política, cuyo desconocimiento u olvido impiden su realización. En segundo lugar, tales errores no se muestran aislada y concretamente en un determinado acontecimiento; juegan en toda la obra, alcanzan a la totalidad del empeño napoleónico. Cuando señalemos un caso, será a manera de ejemplo. E importa considerarlo así, pues, de otra forma, nuestras palabras parecerían de una imperdonable ligereza.

a) *El error religioso.*

Napoleón tuvo siempre un vivo convencimiento de lo prodigioso y lo misterioso de su destino. La noche

de Lodi se le muestra *la primera lucecita*. Desde una ventana de las Tullerías dice a su acompañante: *¿No ves aquella estrella?... Yo sí la veo*. En medio de las conspiraciones contra su vida, no se cuidará del riesgo: *He continuado abandonado a mi estrella*. En las malas horas de 1813, advertirá: *La estrella palidece*. En Santa Elena, dirá: *Aun cuando yo no exista, seguiré siendo, para los pueblos, la estrella...*

Pero, aparte la comprobación de esta idea misteriosa de su destino, ¿es posible fijar el pensamiento religioso de Napoleón? Es posible, si tenemos en cuenta dos verdades: que la variedad de sus palabras constituye una confesión y no una mentira; que Napoleón era, en lo religioso también, un hombre de su tiempo.

* * *

En el hogar y en la escuela Napoleón recibe el tesoro de la Fe católica. Cuando la Signora Letizia siente los dolores que acabarán en el alumbramiento de su segundo hijo, se encuentra en la Catedral de Ajaccio, en la fiesta de la Virgen de Agosto. En su testamento, el Emperador dejará un legado para el Abate Recco, que le enseñó a leer. Esta fe vacilará pronto en el muchacho: *He tenido necesidad de creer, he creído; pero mi creencia se encontró obstaculizada, incierta, desde que aprendí, desde que razoné; y esto me ocurrió en la hora temprana de los trece años.*

De la fe primera sobrevive en él una cierta emoción y una estimación —simpatía al menos— por el Catolicismo. *Yo me encontraba aquí — decía a Thibaudeau en la Malmaison— el pasado Domingo, paseándome en la soledad, en el silencio de la naturaleza. De repente,*

llegó a mi oído el sonido de la campana de Rueil. La emoción me ganó. Tan fuerte es el poder de los primeros hábitos y de la educación. Amo la religión católica —dirá a Montholon en Santa Elena— porque habla a mi alma..., mientras que la religión protestante no habla más que a mi razón.

Era un hombre de su tiempo. Como los hombres de su tiempo, seguirá el proceso volteriano en la pérdida de la fe. Toda religión positiva será negada en un agnosticismo que considera la pluralidad de las religiones y acaba en la negación de todas ellas. Negación templada solamente por la aceptación de la que se cree común a todas, mediante un deísmo vago y escéptico, incapaz de entender y de estimar el hecho religioso en un hombre o en un pueblo.

Napoleón narró a Las Cases la crisis de sus ideas religiosas: *El hombre, lanzado a la vida, se pregunta: —¿De dónde vengo? ¿Qué soy? ¿Adónde voy?— Cuestiones misteriosas que nos precipitan hacia la religión. Corremos a ella, llevados de nuestra inclinación natural. Pero llega la instrucción que nos detiene; la instrucción y la Historia... ¿Por qué, se dice, la (religión) de París no es la de Londres ni la de Berlín? ¿Por qué la de Petersburgo difiere de la de Constantinopla, la de Persia de las del Ganges y de la China? ¿Por qué la de los tiempos antiguos no es la de hoy? Entonces la razón se repliega dolorosamente y exclama: ¡Religiones, religiones, hijas de los hombres!*

Yo no creo en las religiones, sino en la existencia de Dios —dice Napoleón a Thibaudeau—. Se dirá que soy papista —advierde en 1801—; yo no soy nada; fui mahometano en Egipto; seré católico aquí. Todas nues-

tras religiones —asegura en Santa Elena— son evidentemente hijas de los hombres (94).

Primero y decisivo escalón en el pensamiento religioso napoleónico. Todo en sus ideas y en su conducta procederá, respecto al gran tema, de él. Porque se trata, ni más ni menos, de una negación de la Verdad de toda religión positiva.

Junto a esta negación de la Verdad religiosa, Napoleón posee el convencimiento firme de su utilidad. Segundo punto de su pensamiento. Esta utilidad es la que da lugar a su diversa estimación de las varias religiones, la que le permite establecer la superioridad del Cristianismo. *¿Cómo puede haber orden en un Estado sin religión?* —dice a Roderer—. *La sociedad no puede existir sin la desigualdad de las fortunas, y la desigualdad de las fortunas no puede existir sin religión. Hemos visto —asegura a Thibaudeau— repúblicas, democracias, todo cuanto vemos; pero jamás un Estado sin religión. Si quitáis la fe al pueblo —dice en el Consejo de Estado— no tendréis más que ladrones de caminos.*

La falta de verdad, y a la vez la evidente necesidad de una religión positiva, concluyen en el tercer punto del pensamiento religioso napoleónico: la estimación de

(94) Los textos en que afirma su deísmo frente a las religiones positivas son numerosos (véanse Dansette y Damas Hinard) y pertenecen a muy diversos momentos de su vida. Ciertamente hay algunos de un ateísmo materialista: *Creo* —dice, a Gourgard en Santa Elena— *que el hombre ha sido producido por el limo de la tierra, calentado por el sol y combinado con los flúidos eléctricos...* Pero tales palabras, negadas en su constante condenación del ateísmo, no pueden ser tomadas sino como muestras de sus vacilaciones. Vacilaciones que le llevaron a negarse a comulgar, en vísperas de la Coronación, porque carecía —según confesión propia— de la suficiente fe o de la suficiente falta de fe para recibir el Sacramento.

lo religioso como un simple fenómeno político. *El pueblo necesita una religión* —asegura a Thibaudeau—. *Es necesario que esta religión esté en las manos del Gobierno.* Napoleón quería honrar la religión, pero —asegura en Santa Elena—, *servirse de ella al mismo tiempo como de un medio social para reprimir la anarquía, consolidar su dominación en Europa, acrecentar la consideración de Francia y la influencia de París.* En marzo de 1806, dice en una discusión del Consejo de Estado: *Eso (determinadas medidas tomadas en los templos franceses) es no entender el misterio de la religión. Ese misterio no es el de la Encarnación, que yo, como cualquier otro dogma, no discuto. Pero yo veo en la religión todo el misterio de la sociedad.* No es extraño, en consecuencia, que se le ofreciera un grave problema: *Busco en vano dónde colocar los límites entre las autoridades civiles y las religiosas; la existencia de tales límites es una quimera.*

El error religioso de Napoleón se nos muestra claramente. Consiste precisamente en el desconocimiento de la esencia de la religión, porque negando su verdad desconoce su índole religiosa, y no le atribuye otro valor que el de una simple fuerza política. “Era —escribe Belloc— completamente un hombre de su tiempo, un hombre formado por el espíritu del siglo XVIII... Fué, desde los días de la escuela a los del destierro, de aquellos para quienes toda religión organizada en el pasado era una ilusión, obra de los hombres, que había de ser tratada como un fenómeno político, pero no más profundamente.” De los tres aspectos del Estado —el civil, el militar, el eclesiástico—, “este hombre, el más grande de los conductores, casi ignoró uno de los tres”.

Para Belloc (95) hubo dos principales factores en su caída: uno —sobrestimado generalmente— el factor marítimo; otro —no estimado suficientemente— el factor religioso.

* * *

Tratada como una mera fuerza política —con miras galicanas a veces, en relación con el protestantismo otras—, la Iglesia Católica escapa a sus propósitos dentro de Francia. La paz que el Primer Cónsul le concede tiene por objeto *reorganizar los católicos de Francia bajo la obediencia republicana*. El propósito de disponer de la Iglesia como de un partido más entre los incorporados al régimen napoleónico, dará lugar a grandes decepciones: *Me he engañado... He creído que su interés daría cuenta de sus prejuicios y mi error me ha proporcionado grandes dificultades. Yo mismo me he creado estas dificultades* — dice a Caulaincourt— *dando importancia a gentes que he resucitado para perjudicarme*. En Santa Elena recuerda su sorpresa: *Nada hay de galicano en el joven clero... Lo más extraño es que aquéllos (obispos) de que tuve que quejarme, eran precisamente los que yo mismo había hecho*. Fuerza política amiga en la iniciación del Consulado, liberada entonces de la persecución revolucionaria, se convertirá para el Emperador en la fuerza enemiga a la que es preciso imponer, en 1811, preceptos que derivan de la Constitución Civil del Clero. Cuando, en 1812, el Imperio inicia su caída, Napoleón habrá minado todo el apoyo de la conciencia católica francesa.

(95) Belloc: *Napoleón*, p. 58 y 62-65.

Fuera de Francia, en la formación del Gran Imperio, el error religioso alcanza incommensurables proporciones.

Hay un aspecto que la narración histórica nos permite percibir claramente. El Ejército del Imperio es el Ejército de la Revolución, para quien el sacrilegio no existe. En la conquista por "la liberación de los pueblos" no tiene en cuenta la fe, no distingue entre el saqueo de un castillo y el de una iglesia, no percibe la distancia que hay entre un collar de perlas y un vaso sagrado. Hierde sin tino la fibra religiosa y provoca la rebeldía del creyente ofendiendo sus más hondos sentimientos. Así ocurrió en las tierras del Tirol, en los campos de Italia, en el caso cumbre —lo veremos luego— de España.

Hay otro aspecto, acaso más difícil de percibir. El error religioso es, aquí, la clave del fracaso napoleónico, puesto que, merced a ese error, el Emperador no llega a percibir la realidad europea sobre que actúa. El quiere reducir a la unidad del Imperio la división y la variedad de Europa. Pero la hondura y el sentido de tal variedad quedarán para él ocultos porque no conoce la raíz religiosa de ella.

Como Belloc ha señalado, aun cuando la fe religiosa ha desaparecido como confesión, sigue siendo la base primera en la formación del carácter individual, en el establecimiento de los grupos sociales, en la diferencia de las culturas. "La diferencia entre una nación y otra, entre tal y cual distrito, entre determinadas sociedades, puede ser ampliamente explicada por las diferencias de raza, de clima, de instrucción... Pero hay una permanente y profunda causa de diferenciación que es superior a todas las otras, aunque actúe de una ma-

nera remota y escondida, y es la diferencia en filosofía, en la actitud hacia el universo y, en consecuencia, en la dirección de la actividad humana..." Napoleón no percibe la existencia de una cultura protestante en el norte, de una cultura católica en España y Austria, de una cultura ortodoxa en el este.

Al intentar la resurrección del Imperio de Carlomagno, Napoleón olvida la crisis religiosa, que separa el Mundo Medieval del Mundo Moderno en que actúa, y que ha dado lugar a la división que él quiere superar. Chesterton ha señalado la idea del Santo Patrón como expresión de las rivalidades de la Edad Media que no pasaron de una *variación sin antagonismo*. "El Gremio de los Zapateros y el Gremio de los Peleteros, bajo las respectivas enseñas de San Crispín y San Bartolomé, podían venir a las manos al encontrarse un día en la calle; pero no podían imaginar siquiera que San Bartolomé y San Crispín estaban a esa misma hora dándose puñetazos en el Cielo. De igual modo, en el campo de batalla, los ingleses podían invocar a San Jorge y los franceses a San Dionisio; pero no creían que San Jorge le tuviera particular inquina a San Dionisio ni a los que le invocaban." Juana de Arco aseguraba, a los que le hablaban de que el Príncipe Negro tenía el diablo en el cuerpo, que no podía estar endemoniado sino por pisar la tierra de Francia, que no era suya; en los límites de la tierra que Dios había dado a los ingleses, el Príncipe no sería ya un enemigo, sino un hermano. Pero aquella variación sin antagonismo sería transformada por la Reforma en un antagonismo sin variación. "El que a los barcos españoles se les llamara el *San Francisco* o el *San Felipe*, cosa que nada significaba al principio, pronto vino a ser para la nue-

va Inglaterra una causa tan trascendental de conflicto como el que se les llamara el *Baal* o el *Tor*" (96).

Belloc se ha planteado en nuestros días el problema de Europa como unidad: "Europa volverá a la Fe o perecerá" (97). Napoleón intenta una unidad política sin percibir la raíz religiosa del problema, la índole religiosa de la división a que quiere poner fin. En la soledad de los últimos días de Santa Elena —sólo entonces— el hombre supera, a veces, su error. Hay en él una gran esperanza: *Nuestros hijos —dice a Montholon— verán a Inglaterra tornarse católica, a Francia volver a ser religiosa...* Son las horas en que, cara a la muerte, confiesa a Las Cases: *Acaso volveré a creer ciegamente. ¡Dios lo quiera!* Y, en otra ocasión: *¡Quién puede decir que no moriré en los brazos de un confesor...?*

Y así fué. En marzo de 1818 pidió "un sacerdote católico y un médico francés" (98). Pero el hombre que bajo la bendición del Abate Vignali se reconcilió, al fin, con la Verdad, no era el Emperador que pudiera luchar por ella; era, tan sólo, el moribundo de Santa Elena.

* * *

El error religioso se muestra, dentro de Francia, en la relación con el Catolicismo francés; fuera de Francia, en la conducta observada respecto a los diversos pueblos de Europa. Un tercer punto del tema abarca la actitud de Napoleón en cuanto al Pontifica-

(96) G. K. Chesterton: *Pequeña Historia*, p. 214-215.

(97) H. Belloc: *Europe and the Faith*, p. 331; Londres, 1924.

(98) M. G. R. Brice: *Les espoirs de Napoléon a Sainte-Hélène*, p. 271; París, 1938.

do. Más concreto que los otros dos, más estudiado y conocido, nos toca solamente atenderle mediante una breve consideración.

Y la consideración es la misma: Napoleón reconoce la existencia de un Poder en Roma; pero se engaña respecto a la índole de este Poder, cuya esencia desconoce. De aquí, el cambio de su conducta desde las horas del Concordato, y de la Coronación a los días de la Excomunión y del Cautiverio. En todo momento, aquel Poder, en el fondo, escapa a su acción, cuya violencia aumenta a medida que percibe la inutilidad de ella.

Treatad al Papa como si tuviera doscientos mil hombres, advierte en la víspera de la Coronación. No basta —contra lo que suele creerse— tal convencimiento. Porque ignorando la índole de aquella fuerza pensará que puede ser dominada con trescientos mil hombres, y su acción terminará en el desastre. No hay, para él, una inmutable verdad religiosa: *Es preciso* —dice a Caulaincourt— *que Roma marche con el espíritu del siglo, si Roma no quiere que se marche sin ella*. Intenta utilizar al Pontífice en la pacificación interior de Francia, en el bloqueo contra Gran Bretaña, en la unificación de Italia, en el establecimiento de París como capital de Europa. *Todos los sueños del General Bonaparte, todos los proyectos del Emperador sobre Italia* —dictó en Santa Elena— *recibieron mediante el apresamiento del Papa (por el General Miollis en 1809) la posibilidad de ser realizados*.

En Pío VII, Napoleón valora al hombre o al soberano de un Estado, pero no al Pontífice de la Iglesia. “Napoleón —escribe Latreille (99)— se había for-

(99) André Latreille: *Napoleon et le Saint-Siège*, p. 507; París, 1935.

mado de Pío VII, de su autoridad y de su carácter, una idea falsa. Le tomaba a la vez por un monarca autócrata, en situación de imponer su voluntad sin el cuidado de rendir cuentas, y por un hombre bueno y dulce, insignificante, fácil de influenciar y quizá de intimidar." Cuando se alza ante él, no el hombre bondadoso ni el soberano de un Estado débil, sino el Pontífice que le excomulga, su reacción es de una brutal simplicidad: *Basta de miramientos* —escribe a Murat el 20 de junio de 1809—. *Es un loco furioso que es preciso encerrar.* En vísperas de la ruptura, su tío, el Cardenal Fesch, fidelísimo al Emperador, le anuncia la catástrofe que se avecina y le advierte del error en que está: "Señor, podéis cubrir la tierra con vuestros ejércitos y vuestro poder, pero no lograréis mandar en las conciencias..." Pero el Emperador permanece totalmente ciego y responde a las previsiones del Cardenal: *Os ruego que, cuando me escribáis, tengáis en cuenta lo que me decís o dejáis de decirme... No he visto (en la carta) más que el efecto de una imaginación en delirio, y os aconsejo a vos y a cuantos se crean monstruos que no existen más que en su imaginación, que tomen baños fríos...*

Desde julio de 1809 en que hace prisionero al Papa, hasta marzo de 1814 en que le deja libre, el Emperador se encuentra en un conflicto sin salida: Pío VII enfermo y maltratado, el Sacro Colegio en dispersión, los Obispados franceses vacantes o con sus prelados deportados y prisioneros por su resistencia en el Concilio de París, los católicos de todo el mundo contra el Emperador, "el pueblo, al igual que los grandes, el campo como la ciudad", según advertía Fesch. Ni el intento del Concilio de París logra la sumisión de la

Iglesia de Francia, ni el intento del Concordato de Fontainebleau consigue doblar la resistencia del Papa. Cuando Pío VII vuelve a Roma, el hombre está vivo por encima de la enfermedad y del cautiverio, el soberano es aclamado por sus súbditos como triunfador de una tiranía extranjera. Napoleón pudo destronarle y encerrarle y hacerle morir destronado, pero el Pontífice le escapó siempre. Brutalmente maltratado por el Emperador, Pío VII fué el único soberano que alzó su voz en favor del desterrado de Santa Elena. Todo el poder de Napoleón no bastó a turbar su alma, no logró en ella ni el temor ni la ira.

b) *El error nacional.*

Más claro y más fácil de percibir, señalado por muchos, registrado por nosotros al trazar la formación del hombre y las ideas del Emperador, directamente enlazado con el error religioso, es, muy poco lo que necesitamos escribir ahora sobre el error nacional.

“Napoleón —escribió Gustave Caton, recogiendo una general creencia (100)— no hacía caso del sentimiento nacional, como factor de resistencia y de entusiasmo guerrero, precisamente porque él no lo tenía en ningún grado; el sentimiento nacional le falta...”

Ya lo vimos. Hay una primera razón: su vida. Y otra: las ideas de su tiempo. El error nacional es consecuencia, a la vez, de la suerte del oficial corso y del pensamiento girondino.

El pequeño Bonaparte tuvo aquel vivo sentimien-

(100) Gustave Caton: *Napoleon antimilitariste*, p. 230.

to de la Patria que había lanzado a la isla de Córcega al delirio del Imperio de Teodoro de Neuhof. Conocemos sus propósitos como escolar de Brienne: *¡Haré a los franceses todo el mal que pueda!* Conocemos su desesperación de oficial en Valence, que le empuja al suicidio: *¿Qué espectáculo veré yo en mi país? Mis compatriotas cargados de cadenas que besan temblando la mano que les oprime.* Conocemos su entusiasmo por el héroe nacional, Pascual Paoli: *¡General! Nací cuando la Patria perecía. Los gritos del moribundo, los gemidos del oprimido, las lágrimas de la desesperación rodearon mi cuna...* Amor de Córcega que se corresponde en su violencia con el odio a Francia.

No se tienen dos patrias; el patriotismo es exclusivo. Un día, el joven Bonaparte pierde su isla, su tierra y sus muertos. Huyendo de Córcega a Francia, en medio del mar, navega desde la Patria corsa, concreta, al reino girondino y universal de las ideas: *el imperio de la razón, el pleno ejercicio y el goce entero de todas las facultades humanas.* No hay, no puede haber, una sustitución. “La verdad es —escribe Taine— que ama (al pueblo francés) como un jinete ama a su caballo.” *Amo el poder —dirá Napoleón a Roederer—; pero le amo en artista..., como un músico ama a su violín..., para obtener sonidos, acordes, armonías...* No cabe más terminante definición; se trata del Arte que dispone de un lenguaje sin fronteras.

Su lucha por la unidad no será otra cosa que un empeño por imponer la realidad contra el tiránico artificio. *La guerra con Inglaterra —dice en 1797— nos abrirá un campo más vasto, más esencial y más hermoso de actividad... La liberación (del pueblo inglés) consolidará para siempre la libertad... No nos deten-*

dremos —dice en 1805— hasta que no hayamos asegurado la independencia del Cuerpo germánico...

Guerra y diplomacia, conquista y organización no tienen en cuenta el sentimiento nacional. La fuerza del Ejército francés reside en su nacionalización, lograda durante la Revolución por “la leva en masa” y “la Patria en peligro”. El prodigio de la victoria sobre el Ejército prusiano procede de que éste es aún, en la iniciación del conflicto, un ejército profesional. Pero la doble invasión, de las tropas y de las ideas revolucionarias, darán lugar a un cambio que Napoleón no percibirá. En el hundimiento de Jena y en el despedazamiento de Tilsit, se halla precisamente el comienzo de “la regeneración” alemana. Stein dirá: “Es preciso utilizar las fuerzas que duermen...” Y esas fuerzas Napoleón las despertará, en Prusia como en todas partes.

El error nacional —repetimos— no es un caso concreto; vicia, en su esencia, toda la actuación del Imperio. El caso concreto es sólo un ejemplo. Tras la victoria de Wagram, en medio de la aparente paz victoriosa, la insurrección desesperada ganará las tierras alemanas. El 13 de octubre de 1809, en la revista de la Guardia, en Schoenbrunn, un estudiante sajón, Federico Staps, intenta asesinar a Napoleón. Detenido, el Emperador decide interrogarle personalmente, sirviéndose como intérprete del General Rapp, cuyo testimonio nos ha legado el dramático diálogo.

Napoleón pregunta: *¿Qué queríais hacer con el cuchillo?*

El estudiante sajón responde: Mataros.

—“*Sois un loco o un iluminado.*”

—No estoy loco; no sé lo que es un iluminado.

—*Entonces, sois un enfermo.*

—No; me encuentro perfectamente bien.

—*¿Por qué queríais matarme?*

—Porque sois la desdicha de mi Patria.

—*Sois una cabeza exaltada: os perdonaré la vida si me pedís perdón del crimen que habéis querido cometer...*

—No quiero el perdón; siento una gran pena por no haber acertado...

—*¿Un crimen no es nada para vos?*

—Mataros no es un crimen, es un deber.

—*Pero, en definitiva, si os concedo la vida, ¿me lo agradeceríais?*

—No; intentaría, de nuevo, mataros..." (101).

c) *El error monárquico.*

Lo hemos registrado en la muerte del Duque de Enghien, en el pleito del Consulado, en las ideas del Emperador, en la Coronación de Notre Dame. No son necesarios ni otros hechos que los recordados, ni otros textos que los ya citados.

Si Napoleón no alcanza la verdad religiosa ni la verdad nacional, no logrará percibir la fuerza del Trono, que descansa en aquéllas, desconocerá este *sacramental ideal*; "la unión de la visible con lo invisible edificado sobre el misterio, la encarnación de la sociedad en un hombre, la santidad del ministerio real; el rey, no sólo símbolo moral, sino encarnación actual de un pueblo".

(101) Bourrienne: *Memoires sur Napoleon*, vol. IV, cit. por Jules Isaac, *Revolution-Empire*, p. 349-350; París, 1920.

Lo hemos señalado ya. Napoleón concede a la Realeza una determinada virtud, una fuerza determinada; *magia del pasado*, prestigio de los años —que él no puede crear, y que aspira a recoger en herencia—. Lo religioso en la Monarquía sirve, es indispensable para aquel prestigio: *¿Qué sería la realeza si no hablase a la imaginación y reposase solamente sobre la razón fría?* Arthur-Levy ha apuntado, como una causa del respeto de Napoleón por los soberanos legítimos, el sentimiento de su origen oscuro; y, en definitiva, ha apreciado tal respeto como una mera “superstición”.

Napoleón era un hombre de su tiempo. La noción de la Monarquía ha sido rota en el becarío del Rey por la ideología revolucionaria. No en vano el Teniente Bonaparte queda convencido por la tesis política de Rousseau. La nueva concepción de la soberanía hará que se sienta *rey del pueblo*; “héroe plebeyo”, dirá el futuro Napoleón III en *Les idées napoleoniennes*.

Napoleón puede conceder un valor determinado al Rey y al Pueblo; pero los considera, evidentemente, como fuerzas distintas y rivales. Juzgando la Monarquía de los Capetos, Belloc escribe: “The King was France.” El Rey era Francia. Esta encarnación, esta identidad, no existe, no puede existir para Napoleón. El Rey es el pasado; el Pueblo es el presente revolucionario. El concepto histórico que tiene de sí mismo y de su obra —un mediador y una mediación— supone la existencia rival de esas dos fuerzas. La idea se repite, invariablemente, desde el Consulado a Santa Elena. *Yo ambicionaba arbitrar* —dirá en el destierro— *la gran causa de los pueblos y de los reyes*. Y pensaba que acaso se acudiese a libertario desde Europa a consecuencia de *la necesidad* —decía— *que pueden tener*

de mí los reyes contra los pueblos desbordados; o la que pueden tener los pueblos sublevados en su lucha con los reyes. Tan firme era en él esta idea, que las resistencias nacionales le parecieron, por parte de los monarcas, una especie de traición, en la que los soberanos *desencadenaron* contra él las fuerzas de que él *les había librado: Miserables... Verán que después de mí... el torrente les arrastrará a todos.*

El error juega en una doble dirección. En primer lugar, Napoleón descargará su poder sobre los reyes, sin percibir el enlace de soberano y pueblo, estimando al monarca simplemente por su valor personal. En ningún caso apreciará el símbolo contra el que se emplea, y en el que toda una nación se siente encarnada, ofendida y defendida. Cuando la Reina Luisa lllore ante él por el despedazamiento de Prusia, no verá otra cosa que la habilidad trágica de una mujer hermosa, y cortará la escena pidiéndole, sin más, que tome asiento. Del futuro de Europa una cosa quedará vedada a sus ojos: el que los movimientos populares y nacionales que la Revolución siembra sean obra de los reyes; la unidad alemana en torno a Guillermo I, la unidad italiana en torno a Víctor Manuel II.

En una segunda dirección, el error se muestra en la Cuarta Dinastía. Napoleón coloca a sus familiares en los tronos de Europa, pensando que han de ser virreyes suyos, príncipes franceses en dependencia del Emperador. *He obscurecido y obstaculizado mi carrera —dirá a Metternich en 1810— por el hecho de haber colocado a mis parientes en los tronos... Me han hecho un mal mucho mayor que el bien que yo les hice...* En una especie de fenómeno pigmaliónico, los hermanos se convierten en reyes de verdad, se identifican con los

intereses de los pueblos, se niegan al juego del Emperador. “Los tres reyes, hermanos y cuñado del Emperador —escribe Thibaudcau, refiriéndose a 1809— trajeron a París todas las pretensiones de los reyes de las viejas dinastías... No podían persuadirse que no eran más que grandes prefectos del Imperio.” Luis se opone al bloqueo que perjudica los intereses de Holanda; José protesta del intento de llevar la frontera al Ebro; Murat reanuda la alianza de Nápoles con Gran Bretaña. En vano Napoleón escribirá: *Vos sois français; yo espero que vuestros hijos lo serán...*

d) *El triple error de España.*

De España, en su lucha con Napoleón, sólo puede escribirse con la grandeza del poema épico o con la breve dignidad del epitafio. Ni estas páginas pueden ser lo uno o lo otro, ni la pluma que las traza está cortada para ello.

Un solo aspecto nos concierne del gran tema. Napoleón dijo: *Esa desgraciada guerra me perdió.* La confesión del Emperador —verdad incuestionable— hace de España la causa decisiva del hundimiento del Imperio. Nuestro estudio no puede tener fin sin que hayamos considerado, brevemente, las razones por las cuales España es la pieza maestra en el fracaso de las ideas y del sistema napoleónico.

No es difícil de hallar la verdad. Las ideas de Napoleón —hemos dicho— tratan de montar el sistema sobre una triple dirección: la herencia de Austria, la diferenciación de Rusia, la liquidación de Gran Bretaña. Viciando el esfuerzo, en tiempos y espacios distan-

tes, alientan —hemos dicho también— tres grandes errores: el religioso, el nacional y el monárquico. La obra de Napoleón en España es una síntesis de sus errores, un triple error. No es ésta una afirmación fácil, una huida hacia el ensayo literario desde la realidad histórica. La conducta del Emperador en España y la resistencia de España al Emperador constituyen el trance decisivo en la historia del Imperio porque juegan en él el triple error y la triple verdad de lo monárquico, lo nacional y lo religioso.

* * *

La reivindicación del Príncipe de la Paz —tantas veces intentada— no puede pasar, a mi ver, del límite que Fernández Almagro le fijó: “Ni patricio glorioso, ni monstruo de perversidad. Un juguete del destino, nada más” (102). En el mundo napoleónico, donde la vida internacional estará guiada por Pitt, Metternich y Talleyrand, España da sus primeros pasos conducida por Godoy. Napoleón dijo: *La más grande de las inmoralidades es desempeñar un oficio que no se conoce*. Burgoing, Embajador francés, escribe a su Gobierno: “En circunstancias tan críticas, apenas se concibe que pueda llegar al más importante Ministerio un joven sin experiencia, sin conocimiento de los países extranjeros...” “Su extraordinaria inexperiencia y su falta de conocimiento de los negocios —dice en otro despacho— saltan a la vista de todo el que no esté cegado...” (103). En el momento en que Europa vive el

(102) M. Fernández Almagro: *Orígenes del Régimen Constitucional en España*, p. 43; Barcelona, 1928.

(103) Hans Roger Madol: *Godoy*. Trad. esp., p. 35 y 41; Madrid, 1933.

problema de una nueva organización, Godoy jugará en pequeño, víctima de miedos y vanidades personales, náufrago y no piloto en la tormenta. Cuando adopte la línea internacional, iniciación de la catástrofe, lanzando a España por Francia y contra Portugal, invertirá el orden de las relaciones que la Geografía y la Historia señalan. En su descargo está la ignorancia de tales leyes; pero le acusará su ambición de reinar. Como todo "recién llegado", Godoy piensa hallar el secreto de la política exterior en la adhesión al que triunfa, sin línea internacional propia, equivocándose además respecto al triunfo. Fácilmente huído, en la crisis y fácilmente sometido ante la victoria imperial, dará a Napoleón la idea de que el caso de España es fácil también. Después de Tilsit, Napoleón decide poner manos en el asunto: *El éxito no podía ser dudoso; esta misma facilidad me extravió...*

La idea de la ocupación de España arranca sin duda del "enigma de la proclama" del 5 de octubre de 1806, lanzada por Godoy en vísperas de Jena, cuando piensa en el triunfo prusiano. André Fugier ha recogido escrupulosamente (104) los informes que permitieron a Napoleón formarse, según la frase de Pradt, "una España imaginaria". El caso, reducido a líneas generales, es, a nuestro ver, sencillo. ¿Razones de la ocupación? En abril de 1808 Napoleón escribe: *Ha llegado el momento de dar a Francia una seguridad invariable del lado de los Pirineos. Es necesario que si se encuentra expuesta a nuevos peligros, pueda, lejos de temer a España, esperar ayuda de ella, y que, caso*

(104) André Fugier: *Napoleon et l'Espagne (1799-1808)*, vol. II, p. 396 y sigs.; París, 1930. V. Desdèvises du Dezert: "Ideas de Napoleón acerca de España". *Revista Aragonesa*, 1908.

preciso, los ejércitos españoles marchen en su defensa. El cambio que proyecta es importante y fácil de obtener. ¿Por qué? Cuanto oye de España le confirma en su idea revolucionaria, base primera de su intervención. En noviembre de 1807 escribe a Jerónimo: *Los pueblos de Alemania, de Francia, de Italia, de España, desean la igualdad y quieren las ideas liberales.* En Santa Elena dirá: *La nación despreciaba a su Gobierno, pedía a gritos una regeneración... Yo libraba a los españoles de sus odiosas instituciones; les daba una Constitución liberal; creí necesario... cambiar su dinastía.*

Los informes que recibe de España confirman, uno tras otro, aquél su universalismo girondino que piensa realizar una operación sencilla y sin riesgo, por la que España se hallará súbitamente incorporada al sistema imperial. Un buen día, las tropas francesas amigas ocuparán por sorpresa las tierras de España. Otro día, el Rey, conducido con engaño a Francia, perderá su Corona. Y otro, los españoles recibirán una Ley fundamental por la que regir su vida.

Todo ello suponía, no un pobre concepto de España, sino el desconocimiento de su existencia como realidad profunda. *El éxito no podía ser dudoso: esta misma facilidad me extravió.*

* * *

Error monárquico. *Cuando los tuve a todos reunidos en Bayona... tuve el nudo gordiano ante mí, y lo corté...* (105). Frase reveladora, pronunciada en Santa Elena. Tan reveladora como sus palabras y su acti-

(105) Las Cases: *Memorial*, I, p. 786.

tud ante Escoiquiz, al que dice en Bayona, tirándole de la oreja: *Canónigo, canónigo, los intereses de mi casa y de mi Imperio exigen que los Borbones no reinen en España.*

Les tiene en Bayona y juzga el valor personal de cada uno: Carlos IV, "un patriarca franco y bueno"; María Luisa, con el corazón en el rostro; Fernando, malo y enemigo de Francia. Les ha reunido y les maneja, mediante el engaño, el halago y la amenaza. Hay un nudo familiar —pleito entre ellos— y un nudo político —la relación de los príncipes con su pueblo—. Todo acabará rápidamente, de la misma manera que pudo acabar en Francia en 1803, cuando el Primer Cónsul pidió a Luis XVIII la cesión de sus derechos. "El Rey —había respondido el Conde de Provenza— no era siquiera libre para disponer del Trono, que pertenecía y no dejaría de pertenecer, de derecho, no a él, sino a su Casa." Cuando Carlos IV cede sus derechos a Napoleón, el Emperador cree haber cortado el nudo. Su pensamiento coincide con el de Murat, que escribe el día 1 de mayo: "Todos los asuntos de España han terminado." Porque, para él, no existe en la Monarquía "la unión de la visible con lo invisible edificado sobre el misterio..".

"Al dar las nueve —escribe el Conde de Toreno, testigo del 2 de mayo— subió en un coche con sus hijos la Reina de Etruria, mirada más bien como Princesa extranjera que como propia... Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos Infantes D. Antonio y D. Francisco. Por instantes crecía el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados que el niño D. Francisco lloraba, y que no quería partir, se

enterñecieron todos, y las mujeres prorrumpieron en lamentos y sentidos sollozos... Llegó a Palacio el Ayudante de Murat, M. Auguste Lagrange... Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela: *que nos los lleven*, fué embestido Lagrange por todas partes... En un instante, y como por encanto, se sublevó la población entera. Acudieron a buscar armas, y con ansia, a falta de buenas, se aprovechaban de las más arrinconadas y enmohecidas... Aquel día —concluye Toreno— fué el origen del levantamiento de España” (106).

* * *

Error nacional. Murat creerá haber luchado con una revuelta callejera y madrileña: “Los cañonazos del 2 de mayo asegurarán el pabellón de la dinastía nueva.” La proclama de Napoleón insiste en su visión girondina: *Españoles... conozco vuestros males, les pondré remedio... Que vuestros nietos conserven mi recuerdo y digan: —El es el regenerador de nuestra Patria.*

Pero los españoles se sentirán arrebatados en una doble ira: cólera por la Patria invadida e indignación por la nación traicionada. El 2 de mayo será el principio, no el fin. “La característica de la sublevación de 1808 —escribe un historiador francés —es su espontaneidad. Antes que el tiempo y la distancia hayan permitido cualquier inteligencia, sin una palabra, a la primera noticia del 2 de mayo, el Reino está en pie. Una-

(106) Conde de Toreno: *Episodios de la Independencia*. (Selección de la *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*) p. 82, 83 y 89; Barcelona, 1942.

nimidad impresionante que pone de relieve el sentimiento nacional de estos hombres de honor...”

Napoleón piensa en las divisiones e injusticias políticas y sociales, a las que pondrá remedio. *En cuanto a los desdichados campesinos españoles* — escribe en el XII Boletín de 1808— *no se les puede comparar más que a los fellahs de Egipto*. Pero “los campesinos atacados en Madrid — escribe Geoffroy de Grandmaison (107)— extienden la alarma en los alrededores, y el patriotismo responde a su grito de angustia. Y la expresión del levantamiento heroico, irreflexivo, soberbio, se encuentra todo entero en el Alcalde de Móstoles que, a unas leguas del ejército francés, reúne a los labradores de su aldea, proclama su fidelidad a los Príncipes, y como la consecuencia más sencilla del mundo, él, el alcalde, declara la guerra al todopoderoso dueño de Europa”.

* * *

Error religioso. Las guerras de la Revolución y del Imperio hicieron marchar en todas direcciones y a tierras lejanas a los soldados de las naciones europeas. Por ellos pudieron ser las naciones juzgadas. La política de Godoy hizo que, un buen día, las tropas del Marqués de la Romana acampasen en Jutlandia y dejaran allí una impresión definitiva. La idea que un danés de comienzos del siglo XIX, podía tener de los españoles no debía ser muy aproximada a la realidad. El futuro Obispo Daugaard participó, de niño, en el temor de los habitantes a la llegada de aquellos solda-

(107) Geoffroy de Grandmaison: *L'Espagne et Napoleon*, t. I, p. 214 y 264; París, 1931.

dos. “Pero el buen orden y la disciplina de los españoles —advirtió—; la plegaria de la tarde, sobre todo, que el regimiento entero hacía cada día con recogimiento en la plaza de la ciudad, dieron fin del terror primero.” El historiador M. J. Kornerup testimonia la conducta de los españoles en Sceland: “Su cortesía y su gracia eran muy notadas; pero el espectáculo que llenaba a los habitantes de una respetuosa admiración era el de la Misa que, a falta de iglesias católicas, se celebraba al aire libre, sobre un altar improvisado, a los sonos de la música militar; las tropas, formadas en un hermoso orden, en un piadoso recogimiento, los hombres arrodillados, el fusil en la mano derecha y la cabeza desnuda...” (108).

La política gubernamental española, de amistad con el Consulado y con el Imperio en sus primeros tiempos, no había modificado la actitud hostil del pueblo español, cuya religiosidad era decididamente enemiga de la Francia de la Revolución. También en lo religioso Napoleón tiene un pensamiento revolucionario de “liberador”: *Los monjes y la Inquisición* —dice el IV Boletín de 1808— *han embrutecido esta nación.*

Acaso la mejor historia militar de la Guerra de España sea la escrita por un técnico francés, el Comandante A. Grasset. “Error fatal —advierte—; se creía al pueblo español (tal era el pensamiento de Napoleón) impaciente por sacudir el yugo del clero, cuando este pueblo..., profundamente religioso, estaba muy unido a los ministros de su culto.” El historiador militar se encuentra con la realidad de una lucha más allá de su téc-

(108) Commandant P. Boppe: *Les espagnols a la Grande-Armée. Le Corps de la Romana (1807-1808)*, p. 45-47; Nancy, 1898.

nica: “Se comprende por qué, mutilada, aplastada, arruinada, atropellada en todos los sentidos durante más de seis años por los ejércitos extranjeros, España reducida a la impotencia ha guardado siempre su fuego. Sin duda, la guerra de la Península va a ser una guerra nacional —la primera de todas—; pero será, sobre todo, una guerra de religión” (109).

La conducta de las tropas francesas confirmará la creencia española de “la religión amenazada por las ideas revolucionarias”. “La Cartuja y los principales conventos —escribe Miot de Melito, de Burgos—, han sido saqueados. El Monasterio de las Huelgas, el más rico y más noble convento de mujeres de la vieja Castilla, fué convertido en caballeriza; las tumbas que guardaban la iglesia y el claustro han sido abiertas para descubrir los tesoros y los cadáveres..., abandonados en el suelo...”

* * *

El triple error de España acarrea la ruina del Imperio.

En primer lugar, da a la lucha un carácter que no alcanza ninguna otra campaña del Imperio. En el invasor, la conciencia se siente acusada; el General Barón de Marbot escribirá: “Esta guerra de España me parece impía...” La resistencia española se muestra de una tenacidad por encima de las fuerzas humanas; un despacho del Duque de Montebello dice, el 1 de febrero de 1809, del sitio de Zaragoza: “Esta guerra da horror; la ciudad arde por tres o cuatro partes, está arra-

(109) Commandant A. Grasset: *La Guerre d'Espagne (1807-1813)*, t. II, p. 131 y 144; París, 1925.

sada por las bombas; pero esto no intimida a nuestros enemigos."

La ocupación de la Península ha sido posible porque la política de Godoy ha enfrentado a España con Portugal. La conducta de Napoleón provocará el acuerdo de las dos naciones, acuerdo que, ahora y siempre, en lo militar y en lo diplomático, mostrará ser una fuerza invencible. "Esta tropa —escribe Wellington, del Ejército portugués—, podrá ser decisiva en todo el conflicto." La resistencia portuguesa se acompaña en el heroísmo con la resistencia española. (Los historiadores olvidarán frecuentemente la comunidad del esfuerzo. El olvido diplomático será, en buena parte, la causa de que las dos naciones peninsulares, que han vencido a Napoleón, no recojan el fruto de su heroísmo en el Congreso de Viena.)

Por último, la guerra de España pone fin a la estrategia napoleónica, razón militar de sus victorias. Sobre las victorias descansaba el edificio imperial. "Fue lo que fue en la historia del mundo —escribe Belloc— porque ganó las batallas... Fracasó cuando comenzó a perderlas..." Napoleón aprovechó un cambio de medios, introducido por la Revolución; tuvo a sus órdenes, no al viejo Ejército profesional, sino a la nación en armas. Cambió también el objetivo; su guerra, no fue de posiciones o de sitios para conquistar una plaza o una provincia, ganadas un día, perdidas otro; buscó la destrucción del Ejército enemigo, que obligaba a la rendición del adversario. Sobre ambas transformaciones, montó el primer principio de su estrategia: *Hay muchos y buenos Generales en Europa, pero ven demasiadas cosas; yo no veo más que una: las masas.* La concentración de esfuerzos que proporciona la supe-

rioridad numérica acaba con la Guerra de España. La presencia inexcusable de sus tropas en la Península supone la permanente división de sus fuerzas, la ruptura de la unidad del Gran Ejército. Metternich escribía en diciembre de 1808: "Las fuerzas militares de Francia se han reducido a la mitad después de la insurrección de España. La guerra contra España divulga un gran secreto: Napoleón no tiene más que un Ejército: su Gran Ejército..."

En Santa Elena, Napoleón pronunció estas palabras, llenas de verdad: *Todas las circunstancias de mis desastres se conjugan en este nudo fatal.*

Y estas otras, llenas de justicia: *Los españoles, en masa, se condujeron como un hombre de honor.*

JESÚS PARÓN.